

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 414

Barcelona, 22 de Marzo de 1938

Av. 14 de Abril, 556

Una de las
más perfectas y
ordenadas demo-

cracias de la tierra, es tratada por él—un dictador, un tirano—de régimen de violencia y de opresión. Empieza, pues, la maniobra moral contra Checoslovaquia. ¿Para cuándo el ultimátum a Benes y Hodza?

Nota del Ministerio de Defensa Nacional

«A las cuatro y media de la madrugada de hoy, lunes, ante la presencia de la aviación enemiga en las cercanías de Reus, despegó un aparato de caza, que encontró a la altura de Cambrils dos hidros, bimotores, marca «Heinkel», con los cuales entabló combate, logrando derribar uno de ellos, que cayó, incendiado, en la carretera de Cambrils a Hospitalet.

Cuatro de los tripulantes del hidro derribado quedaron completamente carbonizados. El otro, con gravísimas quemaduras, ingresó en el Hospital de Cambrils. Al parecer, es de nacionalidad alemana.

El segundo hidro desapareció con rumbo a Palma de Mallorca. Iba tocado y arrojó las bombas al mar durante su huida. Nuestro caza desistió de perseguirle por haberse agotado las municiones.

El caza leal aterrizó, sin novedad, en su base, cuando todavía era de noche. Lo tripulaba el sargento José Sarrion Calatayud, a quien el Ministro de Defensa Nacional ha ascendido a teniente.»

La llave de Europa en poder de Hitler

Entre los nazis austriacos de la primera hora, que prepararon el asesinato de Dollfuss y que días pasados hicieron la brusca realización del Anschluss, el coronel Franz Swoboda es uno de los más conspicuos. Colabora asiduamente en *Die Deutsche Wehr*, diario del Gran Estado Mayor del Reich, y es actualmente uno de los hombres de confianza de Seyss Inquart, ese Franco de Viena.

Pues bien: Swoboda publicó, el año pasado, un libro que se titulaba *La situación política y militar de Austria*. Y ese libro fué impreso a costa del Ministerio de la Guerra alemán.

El tema del libro es así: «Aislada, Austria no es nada absolutamente: su valor será nulo. Apoyada por un vecino poderoso, ofrece a éste posibilidades casi infinitas».

Swoboda estudia la situación geográfica de Austria y comienza por pedir a los lectores que se fijen detenidamente en el atlas que acompaña al volumen. Luego añade: «Austria ocupa un lugar admirable como base de aviación». Y es cierto: Austria avanza amenazadoramente hacia el Este, y sus aerodromos permiten a los aviadores sembrar el estrago, rápidamente, en todas direcciones, ya nórdicas, bien orientales, bien meridionales. Checoslovaquia, Rusia, Hungría, Rumania, Yugoslavia, Italia, están dentro de su radio de acción. Cuando el Príncipe de Balow dijo que Viena era la llave de Europa, no pensaba en los problemas que ya empezaba a plantear la navegación aérea. Se refería a la diplomacia, a la economía y también a la estrategia de los ejércitos terrestres. Ya, con el inmenso desarrollo que la aviación ha alcanzado, la importancia de Viena se acrecentó de modo formidable. Napoleón, dueño de ella, tuvo, sin embargo, que ir al fondo de Hungría para vencer la resistencia austriaca, reforzada por el auxilio ruso. Hoy, le bastaría con reunir cerca del Prater unos centenares de aeroplanos de bombardeo.

Bien lo saben en Praga. Recientemente, uno de los críticos militares checos, aludiendo a los rumores de un próximo Anschluss, decía melancólicamente: «Si Austria y, sobre todo Viena, son del Reich, Checoslovaquia se verá oprimida como dentro de un estuche. El germano podrá atacarla por el Oder, el Danubio y el Elba».

Después de publicado su libro, Swoboda insistió en el tema. El 13 de enero del año actual, *Die Deutsche*

Wehr insertaba un artículo suyo, en el que afirmaba que Austria era «uno de los diques avanzados de la Gran Alemania», y señalaba la trascendencia de ese dique, situado en el centro de una *Mittel Europa* «dirigida por Hitler y Mussolini hacia fines comunes, habitada por 250 millones de habitantes, y con una extensión territorial de dos millones y medio de kilómetros cuadrados».

¿Qué fines son éstos? En su libro, Swoboda dice: «Austria daría al Reich posibilidades preciosas para una marcha hacia adelante sobre los Balcanes y hasta el próximo Oriente. Ya, en los tiempos anteriores a la Gran Guerra de 1914, Alemania buscaba un camino, al través de la Monarquía danubiana, Bulgaria y Turquía, hacia el Asia. El ferrocarril Hamburgo-Bagdad era uno de los eslabones de la cadena. Por otra parte, el curso del Danubio señala más claramente esta ruta germánica de penetración. La triple cuenca fluvial Rhin-Mein-Danubio permite dominar todo el centro de Europa y apoderarse de sus comunicaciones. Austria es una de las puertas de esa triple cuenca fluvial. Quien tenga sus llaves, puede, como quiera, abrir o cerrar dicha puerta, y dirigirá según su voluntad la expansión económica de los países centroeuropeos».

Hitler tiene ya la llave; la llave a que aludía el príncipe de Bulow, la llave a que se refería el coronel Swoboda en su libro: Checoslovaquia está bloqueada; Italia se resignó al papel de «brillante segundo»; Polonia se entretiene en atropellar a la infortunada Lituania, casi inermes; Rumania, Yugoslavia y Hungría aceptan ser satélites del nuevo astro que aparece en el horizonte europeo, rojo y amenazador como una aurora boreal.

Y el *führer* no pierde el tiempo. Apenas de regreso en Berlín, ha pronunciado un discurso en que amenaza a Checoslovaquia. Ha dicho que el Gobierno de este país está basado en la fuerza y no en el consentimiento de los ciudadanos. Una de las más perfectas y ordenadas democracias de la tierra, es tratada por él—un dictador, un tirano—de régimen de violencia y de opresión.

Empieza, pues, la maniobra moral contra Checoslovaquia. ¿Para cuándo el ultimátum a Benes y Hodza?

Fabián VIDAL.

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

¿Schopenhauer, nacionalista?

Una respuesta a Rosenberg

Por BRUNO ALTMANN

Ahora los «nazis» acaban de incautarse también de Schopenhauer. Hace poco se celebró su 150 Aniversario, y, con este motivo, se le asignó oficialmente un

puesto en la galería de héroes nacionalsocialistas, porque, según declaran sin el menor rubor los hitlerianos, «era nuestro». Rosenberg se trasladó expresa-

mente a Dantzig, la ciudad natal de Schopenhauer, para demostrar, en un discurso solemne, la afinidad extraordinaria del filósofo con el hitlerismo. Primer

El Gobierno británico manifiesta, en una nota enviada a los rebeldes, el horror que le han producido los salvajes bombardeos de Barcelona

Londres, 20.—El Gobierno británico, de acuerdo con el Gobierno francés, ha dirigido a los rebeldes españoles una nota en la que manifiesta su horror ante los salvajes bombardeos de Barcelona y declarándolos contrarios al derecho de gentes.

Londres, 20.—Más de 20.000 manifestantes se han reunido hoy en Trafalgar Square, para protestar de los terribles bombardeos que estos últimos días ha venido realizando la aviación fascista sobre Barcelona y reclamando la anulación de la política de *no intervención*.

Bastantes millares de ellos se trasladaron, después de la manifestación, a Brompton, para asistir al mitin organizado, de apoyo a los dockers que la semana pasada se negaron a cargar mercancías destinadas a un puerto de la España rebelde.

Los manifestantes se produjeron insistentemente lanzando gritos contra el Gobierno y la política de Chamberlain y reclamando armas para la España Republicana.

Comunicado oficial

Relación de bombardeos efectuados por la aviación fascista contra poblaciones civiles durante el día 20:

A las 8'20, en Tarragona, por dos hidros, que derrumbaron doce casas y ocasionaron algunas víctimas.

A las 8'25, en Reus, por tres «Junker», que derrumbaron quince casas, matando a tres personas e hiriendo a diez y siete.

A las 11'40, en Benicarló, donde fueron lanzadas bombas explosivas e incendiarias, destruyéndose dos edificios.

Y a las 15'50, en Sagunto, por seis «Savoia», que derribaron cuarenta y ocho casas, resultando muerta una mujer.

punto de contacto: el desprecio de Schopenhauer por la vida y por el mundo, y su alto aprecio de los actos heroicos, coincidentes con el espíritu nacionalsocialista. Schopenhauer dice que una vida heroica es lo mejor que el hombre puede obtener en su lucha con el universo. En efecto, la estimación «schopenhaueriana» está, en esto, de acuerdo con la nacionalsocialista, pero sólo en lo que se refiere al vocablo. ¿Qué es para un hombre como Rosenberg una vida heroica? Ruido de espadas y botín de victoria. A Schopenhauer le repugnaba profundamente todo eso: las orgías sangrientas le asqueaban, ya se tratase de un duelo entre estudiantes o de una batalla entre pueblos; la alegría de matar era para él una «manifestación de la estupidez germanocristiana», y hablaba con desprecio de los alemanes, porque únicamente sabían admirar el heroísmo de los luchadores en el campo de batalla.

Schopenhauer, transformado en nacionalsocialista por decreto de Rosenberg, era un acabado germanófilo. Hablaba mal de los alemanes: los increpaba airadamente, calificándolos de pesados, brutales, serviles, groseros, infantiles y eternamente menores de edad; alababa, en cambio, a los franceses y a los ingleses, anteponiéndolos a los alemanes y

dando así a entender cuán antipáticos le eran estos últimos. Su entusiasmo por las grandes personalidades culturales alemanas, su culto de los héroes—por decirlo así—era tanto más grande cuanto más aumentaba la distancia que le separaba de los demás alemanes. ¿Qué enorme distancia! ¿Cómo ha podido surgir de este pueblo un Goethe, un Beethoven? Schopenhauer admira, una vez, la naturaleza, porque «había logrado producir una cabeza como la de Kant»; pero inmediatamente después se extraña de que Kant fuera alemán. El genio de Kant se lo explica Schopenhauer por el origen escocés de aquél. El mismo protestaba cuando se le designaba como alemán. ¡La «patria»! De esto no quería saber nada Schopenhauer. Su cosmopolitismo era una herencia de familia. Fué bautizado con el nombre de Arturo, porque este nombre existe en todos los pueblos europeos; su padre deseaba que su esperado Arturo viera la luz en Londres, porque Inglaterra estaba entonces considerada como centro del espíritu internacional. Lo mismo que Goethe, Kant y Nietzsche, y hasta el Wagner de los primeros tiempos, despreciaba el culto de la patria como ramplonería burguesa. «El patriotismo corrompe la historia». Esta fra-

(Continúa en la pág. siguiente.)

se es de Goethe y fué suscrita por Schopenhauer.

Los intelectuales nacionalsocialistas experimentan, frente a la historia, un placer, por decirlo así, deportivo. Su pregunta es siempre: «¿Quién fué el más fuerte?» Sobre todo, les agradan aquellas partes de la historia en que Alemania se manifiesta como potencia mundial o aspira a serlo. Schopenhauer conocía muy bien la historia política, pero la consideraba como algo muy superficial de la realidad cósmica. Su espíritu quiso penetrar hasta el estrato más profundo del mundo, para descubrir la fuerza original que somete toda la existencia al ritmo del nacer y del morir. Creyó encontrar esa fuerza, fuerza misteriosa, en la voluntad universal, que consideraba como el punto de apoyo de Arquímedes, para la comprensión del mundo y también de aquella parte superficial de la realidad cósmica que se llama enfáticamente «Historia Mundial». Vistos desde ese estrato profundo, todos los acontecimientos históricos le parecían como un juego de sombras, de apariencias fugaces, como una mascarada que la «Voluntad», eterna regente del mundo, hace surgir de su capricho y para su entretenimiento. Lejos de Schopenhauer, en Francia, fué donde nació la «filosofía de la historia». En los escritos de Saint Simon, Augusto Comte y Víctor Cousin está contenido, en esencia, casi

todo lo que más tarde, desde Marx hasta Simmel y Spengler, ha producido tanta sensación. Para Schopenhauer todo eso tenía sólo un valor muy secundario. No lo tomaba en serio. Lo consideraba como un vano juego intelectual incompatible con la dignidad científica—filosófica—, porque su objeto, la realidad histórica de las apariencias pasajeras, no vale, según pensaba, una meditación filosófica profunda. Si hubiera visto cómo están repartidos hoy los papeles en el teatro de los pueblos y cuáles son los directores de escena en Alemania; si hubiera podido escuchar la fanfarronería del «führer», anunciando solemnemente que con él empieza una nueva era de la humanidad, le habría proporcionado excelente material probatorio para su tesis de la historia, como mascarada de carnaval sin sentido. Schopenhauer, el «nacionalsocialista», ciertamente habría dado a entender a Hitler que no podía valer gran cosa una historia que se permite semejante burlas.

Si bien es verdad que Schopenhauer fué antisemita, no lo fué nunca a la manera de Goebbels, Hitler, etc. Jamás compartió el antisemitismo racial. Poseía demasiado espíritu prometeico para eso, aquel espíritu de «¿Acaso no lo has hecho todo tú mismo, santo y ardiente corazón?» No hacía depender del origen racial el problema de los valores. A los judíos les reprocha-

ba su conservadurismo religioso, su «criminal» optimismo y—cosa extraña para un nacionalsocialista—el «ardiente patriotismo» que sienten por los países en los que gozan del derecho de ciudadanía. Por lo demás, el antisemitismo de Schopenhauer, lo mismo que su germanofobia, no era más que una forma particular de su misantropía, que se explica también por la aversión que sentía—individualista feroz—frente a toda unidad colectiva.

Schopenhauer, el antipatriota, el antialemán, el predicador de la moral de la compasión, el despreciador de toda historia política, muy particularmente de la historia bélica; Schopenhauer, el representante de la investigación científica, libre de finalidades utilitarias, con la ambición suprema de descubrir, como Fausto, el secreto del Cosmos; Schopenhauer, este genio del pensamiento libre, «¿nacionalsocialista!» Pero, claro, como las gentes en el Tercer Reich—a diferencia de la generación intelectual pasada, ya no leen sus obras, no es de extrañar que se dejen convencer y que crean las cosas más absurdas. Si los «nazis» consiguiesen, con su agitación en torno a la figura de Schopenhauer, que las gentes se pusiesen a leerlo de verdad, ¡tanto mejor! Entonces comprenderían qué enemigo tan temible para el régimen hitleriano es Arthur Schopenhauer.

arrancado de la historia del feudalismo medieval.

Villatoya, y todo el campo de su término municipal, eran propiedad de una señora que hasta en su título de marquesa ostentaba el nombre de ese pueblo. Los arrendamientos de las humildes casas y de las parcelas de tierra estaban redactadas con tan hábiles cláusulas onerosas—plazos inexorables, gabelas de todas clases, aportaciones, diezmos en las cosechas, etc.—, que tenían en irremediable miseria al vecindario, ya que éste no podía apenas subsistir, mientras el producto del trabajo iba a parar a las arcas de la propietaria. Esta, ante la posibilidad de que la conciencia de sus vasallos vibrara de pronto con algún chispazo de resistencia, se había prevenido hace años, en tiempo de la monarquía. Se valió entonces de su influencia política para conseguir que se creara un nutrido puesto de la Guardia civil, con residencia en el pueblo, en una casa que la Marquesa regaló al Estado para que sirviera de cuartel. Esta fuerza armada no tenía otra misión que la de intimidar con su presencia—o con sus represiones, en caso necesario—a los míseros arrendatarios.

—El Estado—añade don José Cazorla—hacía en este asunto una de sus disparatadas gestiones. El sostenimiento de aquel puesto de la Guardia civil le suponía al erario público un gasto de 25.000 pesetas anuales, mientras lo que cobraba con toda clase de impuestos en Villatoya no llegaba a 3.000 pesetas al año.

La República, con un espíritu de meticulosidad en el respeto a los derechos de la propiedad privada, había de contentarse con ir resolviendo lentamente el caso de Villatoya, como tantos otros, al tropezar con los fundamentos legales con que la propietaria defendía su privilegiada posición, apelando a prolijos incidentes dilatorios de carácter judicial, que iban tramitando los Tribunales de lo Contencioso.

PROSPERA SITUACION ACTUAL

En el fragor de la guerra que los capitalistas avarientos, unidos a los militares sublevados contra la República, incendiaron en tierras de España, la provincia de Albacete—como las otras del territorio leal—ha surgido a un renacer de dignidad social.

Los ochenta y seis Ayuntamientos que integran esa provincia funcionan con toda normalidad en sus actividades, constituidos con arreglo al Estatuto municipal. Todos ellos actúan bajo el signo de la moralidad administrativa, con la que han podido enjugar deudas pretéritas, y han despejado el camino hacia la

meta de su prosperidad económica y de su labor constructiva en todos los órdenes: económico, cultural, sanitario, etc.

—Claro—comenta el gobernador—que esa labor y su éxito correspondiente se han desarrollado con ritmo distinto en cada caso; porque en aquellos pueblos en los que ya venían funcionando sociedades de trabajadores, que daban por resultado una capacitación cultural colectiva, la transformación administrativa se ha logrado con mucha mayor rapidez que en donde no existía siquiera atisbo de organización.

UN EJEMPLO

Entre los pueblos que con más presteza han logrado su reconstrucción económica y social está, por ejemplo, el de Villarrobleto. Ha aumentado la producción agrícola; ha acrecentado la ganadería desde unas seis mil reses, que contaba por año, hasta cerca de doce mil, que tiene ahora; ha creado treinta escuelas, y pronto inaugurará otras; ha aportado cinco mil pesetas para el sostenimiento de colonias escolares; subvenciona a la Federación Universitaria; sostiene una Escuela de Dibujo y sufragia diez matrículas gratuitas para los alumnos más aventajados; ha pavimentado las calles y ha asfaltado las aceras; ha creado organismos de carácter sanitario, y, como expresión de patriotismo, movilizó en los primeros momentos de la guerra a dos mil voluntarios, que salieron de esa población para cooperar a la defensa de la libertad y la integridad de la República Española.

Tras el nombre de Villarrobleto, en todas esas expresiones de actividad floreciente, pueden ir citándose los de La Roda, Almansa y, en fin, los ochenta y seis de la provincia de Albacete, que cumplen todos sus deberes con diligencia ejemplar en el acatamiento de partidos y sindicales a la autoridad del Gobierno, habiendo mejorado con ello notablemente el nivel de vida, sobre todo en el campo, donde, en términos generales, se hallaba el mayor coeficiente de empobrecimiento.

—El orden público es perfecto—afirma el gobernador—. Y uno de los datos probatorios es el de que, desde julio del 37, sólo se ha registrado un caso en delitos de sangre y ni uno sólo de importancia en otros aspectos de carácter punible. Con aquella sola excepción, podría proclamarse, con absoluta veracidad, que en la provincia de Albacete ha desaparecido la delincuencia común. La cultura, las normas de equidad social y el respeto a la autoridad han dado lugar a esa halagüeña situación.

La vida de orden y laboriosidad en la España republicana

“Después de haber permanecido durante años y años oprimido, este pueblo sabe hacer uso de la libertad sin salirse de los cauces que marcan el respeto a la Ley y el acatamiento a la autoridad del Gobierno” - dice el Gobernador Civil de Albacete

(De nuestro corresponsal en Valencia)

LA REALIDAD DESTRUYE LAS PROPAGANDAS FACCIOSAS

Cuántas representaciones extranjeras visitan la provincia de Albacete, quedan plenamente convencidas de la inconcebible falsedad de esas propagandas, con que los facciosos españoles y sus aliados internacionales pretenden desorientar a la opinión mundial, sobre la supuesta desorganización en el territorio gobernado por la República.

Don José Cazorla, gobernador civil de la provincia de Albacete, lo asegura con la firmeza del hombre que puede ofrecer pruebas irrefutables de sus afirmaciones.

El desarrollo de la vida ordenada y laboriosa en la provincia de Albacete—lo mismo que en todas las del territorio leal—se ofrece al mundo como uno de tantos ejemplos que sirve para aquilatar el cínico desenfado de los propagandistas del fascismo.

EXAMEN RETROSPECTIVO

—Precisamente—sigue hablando don José Cazorla—la absoluta estabilidad del buen orden público y la perseverante actividad de trabajo en Albacete y su provincia, dan la medida del espíritu de disciplina y del sentido de responsabilidad moral del pueblo republicano, que, después de haber permanecido años y años oprimido, sabe hacer ahora uso de la libertad sin salirse de los cauces que marcan el respeto a la ley y el acatamiento a la autoridad del Gobierno.

La provincia de Albacete es una de las que con mayor pesadumbre han padecido la tiranía del caciquismo social y político. Puede afirmarse que en esa zona española, tanto la capital como los pueblos y el campo, eran, en su mayor parte, de la exclusiva propiedad de ocho o diez

familias. Estas mandaban, y miles de ciudadanos y campesinos se veían obligados a obedecer, con un forzado sometimiento a los egoísmos de unos amos, que, sólo con un gesto, podían sumir en la miseria a todo el que se manifestara con anhelos de redimirse.

Los organismos del Estado eran una ficción disimulada con apariencias de legalidad. Los Ayuntamientos no funcionaban, ya que, en realidad, la administración de los pueblos se llevaba en los despachos particulares de los caciques. La Justicia municipal, en manos de pobres hombres a las órdenes del amo, era un tantaculo más con que éste hacía sentir su omnimoda voluntad sobre los vecinos. Los jornales en el campo—excepto en alguna época de trabajo especial—se mantenían inalterables en la cifra de tres pesetas. Las escuelas, escasas e inhóspitas, resultaban casi estériles, ya que hasta los niños eran utilizados como obreros. En algunas zonas, como en la de Alcaraz, eran analfabetos casi todos sus habitantes. La ignorancia, la desnutrición y el temor supersticioso ante el cacique, mantenían en atrofía casi completa, los impulsos de voluntad de aquellas gentes desdichadas, que hasta constituían un obstáculo para la República, cuando ésta, en su obra liberadora, tropezaba con la marrullería política de los potentados y la inercia espiritual de los propios explotados, que, por miedo a malquistarse con aquéllos, malograban la tramitación de los expedientes.

Casi todo, pues: la agricultura, practicada en muchos pueblos con procedimientos casi primitivos; el comercio, en sus más variadas formas, y la industria, estaban en poder de esas ocho o diez familias privilegiadas, que hasta para la explotación de servicios públicos formaban socie-

dades para evitar que ningún elemento ajeno pudiera romper el hermetismo económico, y filtrarse, trayendo del exterior un soplo de democracia y de justicia social. Así vivía, en un triste enervamiento secular, la provincia de Albacete.

EL FEUDALISMO EN PLENO SIGLO XX

—El caso del pueblo de Villatoya—dice el gobernador civil—es uno de los característicos para la demostración de cómo vivían las gentes en muchas zonas de esta provincia.

El relato, corroborado con oportunos documentos, tiene todo el valor de una vieja estampa, que parece

Declaraciones del vicepresidente de las Cortes, Don Luis Fernández Clérigo

Madrid, 21.—El periódico *El Liberal* publica las siguientes declaraciones del vicepresidente de las Cortes de la República, señor Fernández Clérigo, sobre la situación internacional:

«La política de no intervención, monstruosa desde su nacimiento, porque suponía negar el libre comercio a un Gobierno legítimo, reconocido por todas las potencias, y aislarle, privándole de los medios necesarios para reprimir una rebelión contra su autoridad y contra la opinión mayoritaria del país, ha degenerado después, por torpeza de unas conductas y malicia de otras, en el absurdo mayor que ha conocido la Historia.

El Pacto, antijurídico y perjudicial para el interés de todo Gobierno legal, fué interpretado del modo más arbitrario, permitiendo que algunos de los firmantes facilitasen a los re-

beldes cuantos recursos materiales estimaron convenientes e impidiendo el aprovisionamiento del Gobierno de la República. La interpretación ha debido ser unánime, y si todos no interpretaban y cumplían el Pacto como Inglaterra y Francia, era preciso que todos lo interpretasen y lo observaran al estilo de Alemania e Italia.

Todos estos errores han ido fortificando la posición de los países totalitarios, en tal medida, que han dado lugar no sólo a que se intensifique de un modo feroz la ofensiva de las fuerzas extranjeras en España, sino a que se haya producido el golpe contra Austria y existan los temores que hoy preocupan a la opinión internacional, sobre la independencia de Checoslovaquia. Sin tales torpezas y con sólo haber cumplido el deber de conservar el libre comercio

con el Gobierno de la República Española, estos problemas no estarían planteados; pero conviene ahora evitar un nuevo error, que se vislumbra, y es el de colocar en primer plano el problema de Checoslovaquia, haciendo de él el eje de la paz europea. El problema de primer plano es el de España, porque sólo teniendo resuelto favorablemente éste, los países fascistas se decidirán a atacar la independencia de Checoslovaquia. Para ellos su triunfo en España es premissa del ataque a Checoslovaquia, de tal suerte, que nada hay que temer respecto de esta nueva cuestión internacional, si se impide que en España los regímenes totalitarios consumen su propósito. Esto es lo que debe preocupar a las Cancillerías y a los Estados Mayores de las democracias; porque esperar el ataque a

(Continúa en la pág. cuarta.)

SPANISH TESTAMENT

Por Arthur Koestler

(Continuación.)

No hubo desayuno, ni agua para lavarse, ni peine. Nada que hacer, más que esperar. Me paseé arriba y abajo—seis pasos y medio para arriba, seis y medio para abajo—procurando pensar en cosas agradables y ser un compañero distraído para mí mismo. Lo primero que se me ocurrió fué una cita de Edgar Wallace en una de sus novelas africanas: «Sólo tenemos que morir una vez. A mí, personalmente, nunca me hizo gracia la idea. Si se muriera más de una vez, ¿se acostumbraría uno, viejo Ham? ¿Entiendes lo que quiero decir? Eso es filosofía».

Eso era filosofía, pensé. Y me extrañó lo difícil que era pensar en cosas alegres y controlar la imaginación. Llevamos el timón de nuestros pensamientos, y cuanto más picado está el mar, más difícil es gobernarlo. Si nos descuidamos un segundo, el timón marcha por su cuenta.

Saqué un trozo de alambre de la cama y me puse a trazar fórmulas matemáticas en la pared. Resolví la ecuación de una elipse, pero no logré sacar la de una hipérbola. Las fórmulas crecían tanto, que llegaban del W. C. al lavabo. Lo dejé y miré mi reloj. Era la una. Sólo entonces me di cuenta del hambre que tenía; llevaba veintinueve horas sin comer.

Me puse rabioso y empecé a golpear la puerta de mi celda: primero con los puños, luego con un zapato. Vi a un hombre hacer eso en una película americana. Desgraciadamente, las suelas de mis zapatos eran de goma.

Nada se movía. Mi furia se desvaneció y volví a sentirme apático. Apliqué un ojo a la mirilla para ver el pasillo. Únicamente distinguía una pequeña parte de él; en mi campo visual, sólo cabía la primera puerta de enfrente. Después de un rato, hice un feliz descubrimiento: la mirilla de enfrente se iluminaba y se oscurecía a intervalos regulares.

Como las celdas eran más claras que el pasillo, el agujero era normalmente un punto blanco. Cuando éste se oscurecía, estaba claro que mi vecino de enfrente lo tapaba con su ojo. Yo sólo advertía la sombra; no podía distinguir el ojo.

Estos intervalos duraron sólo unos segundos. Era inverosímil que ese hombre pudiese mirar, apartarse y volver con tanta regularidad; quizás tratara de hacerme señas.

Empecé a tapar mi mirilla con la mano y a destaparla con los mismos intervalos; luego espacié más el tiempo, después lo aceleré; pero nada cambió en el ritmo de enfrente. Puse un dedo sobre el orificio: primero horizontalmente, luego verticalmente. Hice esto tres veces y me detuve desanimado, pues me di cuenta que había estado haciendo la señal de la cruz.

Pero mi *vis-à-vis* no reaccionó. La luz y la oscuridad alternaban, con los mismos intervalos, con la misma deprimente monotonía.

Me exprimí el cerebro para comprender lo que el hombre pretendía. No podía producir aquel efecto paseando de arriba abajo, pues los intervalos eran demasiado cortos. Por fin, di con ello. Ya sabía lo que estaba haciendo. Lo veía *materialmente* ante mí.

Estaba plantado, frente a la puerta, con las piernas separadas, moviendo la cabeza de un lado a otro, de derecha a izquierda, igual que un oso: debía encontrarse en el último grado de apatía y desesperación.

Golpeé mi puerta. Tracé con los dedos toda clase de signos contra la mirilla. No respondió. Esto acabó de deprimirme. Me volví a adormitar sobre la cama. Quise recitar versos; pero mi mente no funcionaba. El timón se negaba a obedecer.

A eso de las cuatro oí ruido en el pasillo. Una voz aceitosa le yó unos cuarenta nombres; algunas puertas se abrieron, cerrándose luego de golpe. Rumor de pasos, cuchicheos, sonidos misteriosos. Esta vez acerqué el oído a la mirilla. Sólo pude percibir una larga fila de hombres que se ponía en marcha. Después, las pisadas se desvanecieron. Se habían llevado a treinta o cuarenta hombre. ¿Dónde? No me atreví a admitir que existía una sola posibilidad. Pero durante la hora siguiente estuve mirando el reloj, y a las cinco me dije: «Todo ha terminado para ellos».

Poco después de las cinco, vinieron a bus-

carme. Un guardián a quien no había visto aún, me preguntó si conocía a un «tal Mitchell» y si sabía dónde estaba. Hablaba con amabilidad y parecía estar muy preocupado por Sir Peter. Me llevó a las oficinas donde varios falangistas y un oficial se hallaban reunidos, y les dijo en tono decepcionado: «Este tampoco sabe en dónde está el inglés».

El oficial dió órdenes para que recorriéramos la cárcel buscando a «Mitchell».

De esto deduje que ni siquiera tenían una lista completa de sus prisioneros. Con ser «rojo» ya era bastante. ¿Qué importan los nombres? La fosa común no necesita inscripciones.

Vagamos por aquel laberinto de patios y pasillos. Primero, por los patios: había cuatro, y estaban atestados de hombres aguardando que los fusilaran; eran milicianos y obreros de los barrios bajos de la ciudad. Esperaban de pie, en grupos, o sentados en el suelo, con la mirada perdida. Estaban todos sin afeitar; tenían la misma expresión dura, vacía; el mismo terror de animal perseguido, cuando levantaban los ojos sobre el guardián y sobre mí. Debieron de tomarme por un informador.

—¿Lo ve usted?—cuchicheó el guardián en mi oído.

Le contesté que no.

Cogiéndome del brazo, me llevó al centro del patio. Hicieron un claro en torno nuestro. Creían que yo era un informador; sentía su odio y bajé los ojos.

—¡No asustarse!—gritó el guardián—. Esta vez no venimos a buscar a nadie. ¿Hay entre vosotros un inglés que se llama Mitchell?

Nadie contestó y pasamos al otro patio. Eran todos iguales y ofrecían el mismo aspecto. Calculé que había de mil quinientos a dos mil hombres en la cárcel; o sea—pensé—diez mil balas, y cerca de setenta mil años no vividos.

Luego entramos en varias celdas. En algunas, no mayores que la mía, habían hacinado a cinco o seis hombres. No tenían sitio para echarse. Se sentaban en hilera, en el suelo, como en un tranvía, esperando que el tiempo transcurriese. Pasamos frente a la celda de mi *vis-à-vis*; en ese pasillo sólo había celdas de incomunicados. Le pregunté al guardián quién era ese hombre. Me miró asombrado.

—¿Quién ha de ser? Un «rojo» como tú.

Al final del pasillo encontramos a un joven y elegante oficial, que nos paró, preguntándonos si habíamos encontrado a Chalmers Mitchell. El guardián le dijo que no.

Entonces el oficial me preguntó en premioso inglés si era cierto que Chalmers Mitchell era un aristócrata.

—Ya lo creo—contesté—. Pertenecía a una antigua familia de aristócratas y es un gran amigo del rey.

Dije esto con un convencimiento tal, que el oficial palideció. Disponiéndose a aprovecharme de la situación, me presenté diciéndole que sentía conocerle en esas circunstancias y estando yo sin afeitar.

Esto le cogió desprevenido y me dijo su nombre: Franco. Casi me dió la mano. Le pregunté si podría influir para que se viera mi causa ante el tribunal, y así se esclareciera la equivocación de mi arresto lo antes posible. Dijo que él no tenía nada que ver en esos asuntos, pero que el «Ejército Nacional» no se equivocaba nunca.

Le contesté que en tiempos de guerra eran inevitables las excepciones, pues estaba seguro que el «Ejército Nacional» no tenía el propósito de hacerme ayunar treinta y seis horas.

—¡Ah!—exclamó con una sonrisa sarcástica—. ¿Está usted haciendo la huelga del hambre?

Contesté que no era cuestión de huelga, que no me habían traído la comida; pero que eso no tenía importancia: lo importante era que me oyeran.

Se encogió de hombros y procuré cambiar la conversación antes de que se fuera. Le pregunté cortésmente si tenía algo que ver con el general Franco. Ante esto, se puso todo colorado, me volvió la espalda y se fué.

—Vamos—dijo el oficial—; tenemos que irnos.

Volvimos a mi celda. Iba a decir algo más, cuando se cerró la puerta en mis narices.

El interesante incidente había concluido y me hallaba otra vez solo.

A eso de las siete oí pasos y un gran alboroto en el pasillo. Corrí a la mirilla. Dos carceleros arrastraban un cubo enorme, tan grande como un baño de niño, lleno hasta arriba de un líquido marrón. Era café. Otros dos hombres llevaban un gran cesto de pan. Abrieron la celda de enfrente, y, al fin, pude contemplar a mi vecino, el «oso». A la media luz sólo distinguí su barba y su camisa andrajosa, tiesa de sangre cuajada. Estaba en el rincón más alejado de la puerta, de espaldas contra la pared, y alzando una mano sobre su rostro en actitud defensiva.

—Hombre—le dijo el guardián que llevaba el cazo, un viejo muy simpático—: traemos el café. En la cárcel no hay palos.

Llenó el cazo y se lo dió al «oso», que lo cogió con las manos engullendo el contenido con una avidez increíble. Engullía y chascaba los labios. Parecía un perro bebiendo. Los cuatro carceleros le miraban. Uno de ellos sacó del cesto un trozo de pan y se lo dió. El hombre oprimió el pedazo contra su camisa y miraba a los guardianes con la misma expresión de animal huido y medio loco. Jadeaba. Tras un momento de duda preguntó:

—¿Ya no me pegarán?

—En la cárcel, no—contestó el guardián viejo.

Iban a cerrar la puerta, cuando mi vecino apoyó la mano sobre ella preguntando:

—¿Cuándo...?

Eso es todo lo que acertó a decir. El viejo carcelero se encogió de hombros y cerró la puerta.

El reparto de pan y café prosiguió frente a mí, de celda en celda. Mi campo visual sólo abarcaba la del «oso», pero les oía volver por mi lado desde la otra punta del pasillo. Antes de llegar a mi celda, apareció un quinto empleado, con un montón de recipientes: viejas latas de conservas y bidones pequeños.

Recibí una lata llena de café y mi trozo de pan; pero se me había ocurrido que, como que llevaba ya treinta y seis horas de ayuno, sería bueno prolongar éste y debilitar mi resistencia lo más posible. Mientras paseaba, los gritos de las víctimas de la comisaría no habían dejado de vibrar en mis oídos, tan a lo vivo, como si padeciera de alucinaciones.

«Si me toca el turno—pensé—, cuanto más débil me coja, antes perderé el conocimiento».

Tiré el café por el W. C. y luego el pan cortado en trocitos. Después intenté dormir sobre mi jergón de alambre.

Debía de estar adormitado cuando la voz aceitosa de la mañana me despertó de nuevo.

Esta vez venía de uno de los patios en donde busqué a Sir Peter. Leyó de veinticinco a treinta nombres. No pude contarlos exactamente; esos nombres españoles tan largos me confunden. Todos los llamados tenían que contestar «presente», y si la respuesta tardaba, la voz se deshacía en improperios. Luego llamó:

—Todos los de la celda 17.

—Todos los de la 23.

Eran los sin nombre, los llamados a comparecer anónimamente ante el Dios de los cruzados...

Ni siquiera podrían decir: «Eli, Eli, lam-ma sabbactani...»

La voz aceitosa resonó otras dos veces en la noche: una a las doce—sesenta nombres—, otra a la madrugada. Esta última fué desde una ala extrema de la cárcel, en un lejano murmullo; no pude contar.

Luego apuntó un nuevo día.

Era jueves, y aun no hacía cuarenta y ocho horas que yo había sido un hombre libre, que podía abrir puertas con su propia mano, peinarse, lavarse, sonarse y llamar a la muchacha para que le trajera de beber.

¿A quién le sería útil que yo muriese allí?

A las diez sacaron al «oso» de su celda.

Esta vez no leyeron los nombres. Un guardián y dos soldados se acercaron de prisa a la celda. El guardián abrió la puerta y llamó al huésped diciéndole: «¡Valor, hombre!», pasando en seguida a la próxima celda. Los soldados cogieron al «oso», sacándole de mi campo visual. Oí otros tres «¡Valor, hom-

bre!» desde distintos puntos del pasillo. Luego volvió el silencio. Ya no tenía *vis-à-vis*.

Llevaba dos días sin comer y apenas había dormido. Tras el «¡Valor, hombre!» me hallaba al final de mis fuerzas.

Desde que salí de la cárcel, me han preguntado muy a menudo en qué pensaba durante esas horas, y qué ocurre en el espíritu de un hombre que se halla en esa situación. Contestaré a esa pregunta con un ejemplo, para uso particular de los lectores aficionados a la psicología. Los demás, pueden saltarse los párrafos que siguen:

«Bien—pensé—: no hay ninguna necesidad de seguir adelante.»

Entonces recordé que me habían quitado el cinturón, pero no la corbata. Sobre la cama había un gancho de hierro para colgar la ropa. Pero estaba muy bajo y la idea no me tentaba mucho. Me agarré a los barros de la ventana, y allí, entre las telarañas, encontré un pedazo de vidrio. Era todo lo punzante que yo deseaba. Me entusiasmo el descubrimiento, pero decidí aguardar a la noche.

El haber tomado una decisión, que yo consideraba definitiva, me produjo una especie de júbilo. Pensé en lo furioso que se pondría Bolín, y en las caras de los hombres del departamento de Propaganda de Burgos al hacerse público el escándalo. Me puse realmente contento, y el barómetro subió a una velocidad asombrosa. Recordé, a modo de experimento, la escena en que se llevaron al «oso» y a las de la comisaría. Esa vez me dejaron frío. Pensé en mis amigos y mi familia—hasta entonces los había olvidado deliberadamente—, y tampoco me conmovió. Me sentí orgulloso de esta actitud olímpica y, fiel al folletín, me dije: «Nada puede conmover al que prescinde de la vida».

Sólo mucho después, en Sevilla, analizando, con otro compañero también condenado a muerte—ignoro si aun vive—, las diferentes formas de la psicosis carcelaria, descubrí el verdadero secreto de esta mágica metamorfosis: era uno de esos juegos malabares que el instinto de conservación realiza sobre la conciencia, en los momentos críticos. En este caso, la ilusión provenía de que, habiendo decidido morir, me había conseguido doce horas de absoluta tranquilidad. Mi estado de calma olímpica no venía, como yo estaba dispuesto a creer, de la decisión en sí, sino del límite de doce horas que esta decisión implicaba. Hasta entonces esperaba, a cada hora, que la voz dijera mi nombre; ahora, en virtud de aquel ilusorio propósito, me había concedido doce horas de gracia. Por eso me sentía casi dichoso.

Estuve así toda la tarde, y mi alegría aumentó cuando se abrió la puerta, dejando paso al bondadoso guardián y a un ayudante, cargados con un jergón de paja. Era un jergón viejo. La paja se apilonaba y olía. Pero cuando lo colocaron sobre el colchón de muelles y pude estirarme en él, una sensación de lujo llenó mis miembros, doloridos, al recordar los alambres que se clavaban en la piel. Gruñí de gusto. Los carceleros miraban y sonreían, mientras yo probaba el colchón. Seguramente habían presenciado la escena mil veces y comprendían la diferencia entre una celda con colchón o sin él.

Pero el hombre no está nunca satisfecho: en cuanto consigue su más urgente deseo, otro le acucia. A más de un lecho blando, quería un lecho caliente. No era cosa de soñar con una manta. Así que intenté echarme bajo el colchón, usándolo como manta. El resultado no fué muy satisfactorio. Por fin tuve una idea. Con el trozo de vidrio hice un corte en el extremo del jergón y me metí en él, vestido, con botas y todo, abriéndome camino hasta que sólo quedó mi cabeza libre. Debía parecer una momia egipcia, y me dormí encantado.

Pero mi suerte de aquel día no terminaba ahí. A las cinco, volvieron a darnos de comer, y eso que no habían pasado veinticuatro horas desde la última comida. Esta vez consistió en una lata de *comed beef* y un trozo de pan, por cabeza. En esta cárcel, las horas de las comidas y los menús eran lo que podemos llamar «originales».

(Continuará)

Los escritores ingleses se definen

En favor del Gobierno de la República

Douglas Goldring:

«Yo fui quizás el primer escritor inglés que vi al fascismo en acción, en Irlanda, en 1919-1921. Los «Black and Tans» inventaron la fórmula del «fusilado mientras trataba de escapar», y otros muchos horrores, que luego han sido copiados por Hitler y Mussolini. He pasado cerca de veinte años de mi vida de escritor, tratando de poner en guardia a las generaciones jóvenes contra lo que les espera, si persisten en llevar una vida de placer, o en procurar vivir—con perdón de mi antigua amiga, ya fallecida, Mary Butts—en «Vitrinas», o en «Torres de Marfil». Como mis convicciones no han sufrido variación desde que, en 1919, fui colaborador del movimiento denominado «Clarke», iniciado por Henri Barbusse, podéis tener la certeza de que soy contrario al fascismo, dondequiera que haga su aparición; contrario a Franco, y partidario de la España republicana.»

Víctor Gollancz:

«Como es natural, soy partidario del Gobierno legal y del pueblo republicano de España, y contrario a Franco y al fascismo. El fascismo es, cultural e intelectualmente, una especie de *dementia praecox*; la negativa a seguir llevando el peso de ser humano, y el retroceso a los tiempos, a veces felices, pero siempre repugnantes, del fango de la edad primitiva. El escritor, el poeta o el artista que dice que esto no le interesa, es o un bribón o un loco, o, más probablemente, las dos cosas.»

Geoffrey Gorer:

«Como escritor, como antropólogo, como inglés y como ser humano, estoy convencido de que el triunfo de Franco—o, mejor dicho, de las potencias que le están ayudando—sería un desastre para la raza humana en su totalidad; pondría a los ingleses en una situación aún más peligrosa que la actual; la manifiesta actitud anticientífica haría imposible la antropología, y la atmósfera creada en los países fascistas, haría casi imposible el arte.»

Geoffrey Grigson, director de «News Verse»:

«Limitándose a comer quisquillas en el «club», a leer el «Manchester Guardian» y a ir al cine, permitimos que sigan prosperando las mentiras, la insolencia y el cinismo que se interponen entre nosotros y la intervención en España. Soy lo bastante ambiguo para ser políticamente «contrario», y no «partidario», para temer y desconfiar de toda la masa en libertad; pero, para mí, Hitler, Mussolini y Franco son gigantes devoradores de hombres, salidos de la mediocridad y de la impureza. Creo mejor arriesgar la «destrucción de la civilización», que vivir y sacar provecho de una civilización de embustes «estilo Baldwin», arrojándoles víctimas.»

Carmel Haden Guest:

«1.º Soy partidaria del pueblo de la España republicana, porque es el verdadero patriota que defiende la independencia de su patria.
2.º Soy partidaria del Gobier-

no legal, porque defiende la libertad y la democracia.

3.º Soy contraria al fascismo, porque significa la guerra internacional, la esclavitud de los trabajadores, la supresión del arte y la cultura, y la degradación de las mujeres.»

James Hanley:

«1.º Soy contrario a los rebeldes de Franco, porque creo que son un «peligro real» para la constitución de una democracia organizada.

2.º Soy contrario a toda forma de dictadura fascista, porque constituye una amenaza evidente no sólo para la libertad del hombre y de los hombres, sino también para la inteligencia y la cultura, que consideramos como el fruto supremo de la vida humana.»

Tom Harrison:

«La actitud ambigua, la «torre de marfil», lo paradójico y el aislamiento irónico son palabras que usted emplea en su carta para influir con un sentimiento supersticioso nuestro juicio inmediato; pero, aun sin ellas, tenemos que sentir horror, terror y odio hacia ese Franco, salvador de la civilización, que utiliza las armas de la ciencia para hacer que prosperen los principios de la abominable superstición. La ciencia es rara vez evocadora, surge siempre de la duda; pero no termina en ésta. No existe la duda con respecto a Guernica. La ciencia sólo puede laborar aisladamente. Esto no significa que adopte una actitud ambigua, ni que se encierre en su «torre de marfil»; pero sus efectos son algo más que irónicos. Vosotros, que os interesáis por las condiciones futuras del hombre, debéis daros cuenta de esto: la Edad de Hierro ha pasado.»

Robert Herring, director de «Life & Letters Today»:

«Como periodistas y como seres humanos, consideramos que debe darse por supuesto que somos contrarios a Franco y al fascismo.»

Harold Heslop:

«La «única» respuesta que todo escritor debiera dar al ataque fascista contra la cultura y contra España, es ésta: «¡Abajo los monstruos fascistas!» Con la sangre del pueblo español se está escribiendo un capítulo de la historia humana que jamás se olvidará. Me uno, con mis compañeros de profesión, al pueblo español en la guerra contra Mussolini, Hitler, Franco y sus aliados.»

R. P. Hewett:

«Los escritores han sido siempre más progresivos que su sociedad. El escritor apolítico es un mito moderno, nacido del miedo y del oscurantismo. Pero Addis-Abeba, Guernica y Tientsin han abierto los ojos hasta a los escritores más evasivos, y la amenaza inmediata del fascismo nos fuerza a todos a adoptar una actitud resuelta contra aquél, y en defensa de España, que debe hallar expresión en nuestras obras.»

Jack Hilton:

«Soy partidario del pueblo de la España republicana. Contrario a Franco y al fascismo. Sí, sí y sí.»

J. L. Hodson:

«Soy opuesto al fascismo, como lo soy a toda dictadura, ya sea de derecha o de izquierda. Me opongo a toda forma de gobierno que prive al individuo de la libertad de escribir y de hablar. En tanto que el Gobierno de España mantenga los principios liberales o socialistas, lo apoyo. Estoy en contra de Franco.»

Lancelot Hogben:

«El ataque brutal contra la autoridad constituida del Gobierno democrático de España, realizado por los legionarios moros de Franco, es un reto a la democracia, a la dignidad y al esfuerzo social constructivo de todos los países donde el fascismo no ha pisoteado todavía la libertad intelectual.»

Brian Howard:

«Un pueblo, casi la mitad del cual ha sido privado de la oportunidad de aprender a leer, está luchando por el pan, por la libertad y por la vida, contra la plutocracia menos escrupulosa y más reaccionaria que existe. Manifiestamente impotente para aplastar, solos, a este pueblo, sus enemigos han alquilado mercenarios extranjeros, cuyos Gobiernos, según confesión propia, codician las materias primas de España, para asesinar poblaciones enteras. Con toda mi rabia y amor, soy partidario del pueblo de la República española.»

E. Ibbetson James:

«Soy partidario del Gobierno legal y del pueblo de la República española; soy contrario a Franco y al fascismo. Pensar de otra manera es, a mi juicio, traicionar los ochocientos años de tradiciones inglesas y los intereses vitales presentes del Imperio británico.»

Storm Jameson:

«Debería ser imposible hallar un escritor que admitiese de buen grado ser partidario de Franco y del fascismo. La guerra espantosa que está asesinando a España y que puede extenderse de nuevo a toda Europa, es el acto premeditado de dos dictadores fascistas, según lo han confesado ellos mismos. Este acto no vacilarán en repetirlo. La civilización, la civilización del pensamiento y del corazón, está amenazada con la ruina total por esta doctrina, que exalta la violencia y emplea bombas incendiarias para luchar contra las ideas. Cualquier escritor que la apoye, comete una traición.»

C. E. M. Joad:

«Estoy de acuerdo en que el deber de todo escritor, de todo artista y de todo pensador, es considerar al fascismo como el mayor enemigo. La victoria del fascismo es el colapso de la civilización y la vuelta a la barbarie. La razón y el espíritu son los que separan al hombre de las bestias: la verdad es el bien específico de la razón; la belleza, el del espíritu. El fascismo suprime la verdad y oprime el espíritu. Los que aprecien estos bienes, deben utilizar todas sus fuerzas para repeler lo que les amenaza.»

Declaraciones del vicepresidente...

(Continuación)

Checoslovaquia, es esperar una agresión que sólo ha de producirse cuando los agresores cuenten con medios de la mayor eficacia para combatir a los países que quieran garantizar la independencia de los checoslovacos.

Sólo dándose cuenta de esta realidad y haciéndola frente, es como se puede salvar la paz de Europa. Creo que el Estado Mayor francés está bien persuadido de estas verdades, y hace falta que el Gobierno de la vecina República una a su buena voluntad, la decisión y energía indispensables para conseguir este resultado.

No comprendo por qué la política francesa se ha de declarar siempre tributaria, en el orden exterior, de la política de la Gran Bretaña, cuando Francia es, por lo menos, tan necesaria a Inglaterra como ésta a Francia. Pero también confío en que, en breve, el certero instinto del pueblo inglés hará variar los derroteros de su

Gobierno, que no es, a mi entender, el fiel exponente del interés británico—cosa que no tiene precedentes en la Historia de aquella nación—, y se impondrá una rectificación tanto más precisa y fácil cuanto que ha habido un político, recientemente desplazado de las funciones de Gobierno, que ha tenido una visión más exacta, aunque algo tardía, de la realidad.

Nosotros—todos los partidos y organizaciones antifascistas—tenemos la obligación de servir y obedecer al Gobierno, en el que no hay grietas ni escisiones, como no debe haberlas en nuestro frente ni en nuestra retaguardia, siendo fundamental un sentido de homogeneidad para hacer frente al enemigo, sin estridencias ni dificultades, que jamás deben producirse, reservando el planteamiento de los graves problemas que la guerra representa, a sus órganos adecuados y a los poderes constituidos, encargados de resolverlos.»

El eco de los bombardeos de Barcelona en el extranjero

París, 20.—Anoche tuvo lugar la reunión semanal que celebran los «Grupos de la Cristiandad», viéndose extraordinariamente concurrida, a causa de las noticias que se habían recibido de los últimos bombardeos de que se ha hecho víctima a la ciudad de Barcelona.

Asistieron, entre otros, Jaques Maritain y Mauriac Bernanis. Este último, en su discurso, al condenar estos crímenes, dijo que bombardeos como los de Barcelona no pueden hacerse y menos en nombre de Cristo. Estas palabras fueron ovacionadas por todos los asistentes puestos en pie.

**

París, 20.—Lloyd George ha hecho unas manifestaciones para los periódicos de América, y en ellas afirma

Arthur Koestler:

«Otras guerras consisten en una sucesión de batallas; esta guerra es una sucesión de tragedias, con el pueblo de España como víctima. Tanto Hitler como Mussolini han declarado públicamente que desean que Franco gane, y le ayudan para que lo consiga; esto significa que el hecho de una agresión extranjera en el territorio de una nación independiente, está plenamente reconocido.»

John Langdon-Davies:

«Dos cosas crean el porvenir verdadero: la imaginación del artista y la esperanza del trabajador. El fascismo destruye las dos. Por ello, el artista y el trabajador deben unirse para destruir al fascismo: el artista fascista, es un traidor; el neutral, no existe. Arte y antifascismo son sinónimos.»

Profesor Harold J. Laski:

«Considero la derrota de Franco como vital para los intereses de la libertad democrática del mundo entero. En general, simboliza una combinación de privilegios feudales de oscurantismo clerical y de reacción económica, cuya victoria daría alientos a todas las fuerzas oscuras contra las cuales lucha la civilización.»

F. Le Gros Clark:

«Todo mi sentido de la lógica y mi creencia en el progreso me sitúan por entero al lado del Gobierno español. La vida es hoy una lucha entre el progreso, que es un bien absoluto, y la reac-

ción, la superstición y la tiranía, que son males también absolutos. No puede haber neutralidad ni cuartel. Haríamos mejor en hacernos a la idea de que «nuestras» vidas serán de lucha intensa, y una vez que nos demos cuenta de esto, definámos y entremos de lleno en la lucha.»

John Lehmann, director de «News Writing»:

«Como es natural, soy partidario del Gobierno legal y del pueblo de España. Ningún escritor que trate de crear algo para el futuro, puede colocarse en otra posición.»

Rosamund Lehmann:

«Con todo mi espíritu y con todo mi corazón, soy contrario a Franco y al fascismo, y partidario del Gobierno legal y del pueblo de España. Como madre, estoy convencida de que del resultado de la lucha española depende el futuro, la vida misma de mis hijos. Pacifista hasta ahora en el sentido más amplio de la palabra, he llegado a sentir que la no resistencia puede ser—en este caso, es—una cosa negativa, estéril y hasta destructora. El fascismo, cuyo principio fundamental es el sacrificio del pueblo al Estado, atacará, en último análisis, lo que se llama humanidades. La cultura, que ha sido destruida violentamente en Italia y en Alemania, corre peligro de muerte aun aquí, en Inglaterra. No sólo como internacionalista, sino como escritora inglesa, tengo que optar por la defensa de la cultura contra el fascismo.»